

ENCICLICA "E SUPREMI APOSTOLATUS" (*)

(4-X-1903)

A LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMAS
ORDINARIOS DE LUGARES QUE ESTAN EN PAZ Y COMUNION
CON LA SEDE APOSTOLICA

PIO PP. X

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

1. **Primeras palabras al asumir el**
129 **Pontificado.** En el momento de dirigiros por primera vez la palabra, desde la cátedra del supremo Apostolado, al cual hemos sido elevados por un inescrutable designio de Dios, no hay para qué recordar con cuántas lágrimas y fervorosas instancias Nos hemos esforzado por apartar de Nosotros esta carga formidable del pontificado. Aunque muy desiguales en méritos, nos parece, sin embargo, que podemos hacer Nuestras las quejas con que ANSELMO, varón santísimo, se lamentaba, cuando sin cuidar de su oposición y repugnancia fue obligado a recibir el honor del episcopado. Porque aquellas manifestaciones de pesar que él hizo entonces en su defensa, las podemos hacer ahora en la Nuestra, para demostrar con qué ánimo y voluntad hemos aceptado la delicadísima misión de apacentar el rebaño de Cristo:

Testigos son —así decía él—⁽¹⁾ mis lágrimas, los gritos y los rugidos que nacen del gemido de mi corazón; tales como jamás recuerdo que han salido de mí por causa de ningún dolor antes de aquel día en que cayó sobre mí la desventura del arzobispado de Cantorbery. Esto no pudo pasar inadvertido para los que, aquel día, vieron de cerca mi rostro. El color de mi semblante me asemejaba más a un cadáver que a un viviente: estaba pálido de estupor y angustia. Y, en verdad lo digo, yo me

opuse a esta elección mía, o por mejor decir, a esta violencia que se me hacía, hasta donde me fue posible. Mas ahora, quiera que no, me veo en la necesidad de reconocer que cada día los designios de Dios se oponen más claramente a mis esfuerzos, de modo que no me queda ningún medio de huir de ellos. Por lo tanto, vencido no tanto por la violencia de los hombres cuanto por la de Dios, contra la cual no vale ninguna prudencia, y después de haber orado cuanto pude y haberme esforzado por que pasara de mí ese cáliz sin que lo tuviera que beber, en cuanto fuera posible, no me queda otro arbitrio que, posponiendo mi sentimiento y mi voluntad, entregarme enteramente al sentir y querer de Dios.

Ni, en verdad, nos faltaron muchas y muy serias razones para oponernos. Porque, sin contar que por razón de Nuestra poquedad, de ningún modo Nos juzgábamos dignos del honor del pontificado, ¿quién no se sentiría sobrecogido al verse designado para suceder a quien habiendo gobernado con muy gran prudencia la Iglesia por espacio de casi veintiséis años, dió muestras de una tan vigorosa inteligencia y tanto resplandeció en todas las virtudes que atrajo la admiración aun de sus enemigos e inmortalizó por medio de sus preclarísimas obras la memoria de su nombre. Además, y para no hacer mención de otros motivos, Nos atemorizaba, más

(*) Acta Sanctæ Sedis, vol. 36, pág. 129.

(1) Epp. 1, 3, ep. 1.

que nada, el estado por demás aflictivo en que se encuentra la humanidad al presente. Porque ¿quién no ve que la sociedad humana está hoy atacada de una enfermedad mucho más grave y más profunda que la que afectaba a las generaciones pasadas, la cual agravándose cada día y royéndola hasta los huesos, la va arrastrando a la perdición? Cuál sea esta enfermedad ya lo sabéis vosotros, Venerables Hermanos, es el desertar y apostatar de Dios, y nada hay, sin duda, que esté más cerca de la perdición, según estas palabras del Profeta: *Porque, he aquí que perecerán los que se alejan de ti*⁽²⁾.

A un mal tan grave vimos que era necesario poner remedio en fuerza del ministerio pontifical que se Nos había encomendado, y pensamos que se dirigía a Nosotros aquel mandato de Dios: *He aquí que te he colocado hoy sobre las naciones y sobre los reinos para que arranques y destruyas y para que edifiques y plantes*⁽³⁾; conscientes, empero, de Nuestra flaqueza, temíamos hacernos cargo de una empresa tan llena de dificultades cuanto de urgente realización.

2. Propósito al ocupar la Cátedra de Pedro. Mas, puesto que fue voluntad divina elevar Nuestra humildad a tanta sublimidad de poder, hemos tomado coraje en *Aquel que nos conforta*, y poniendo mano a la obra, confiados en el poder de Dios, declaramos que no tenemos en el ejercicio del pontificado otra mira que aquella de *restablecer todas las cosas en Cristo*⁽⁴⁾ a fin de que *Cristo sea todo y en todos*⁽⁵⁾.

No faltarán seguramente, los que, midiendo con medida humana las cosas divinas, se esforzarán por ver el sentido de Nuestro pensamiento y lo torcerán con miras terrenas hacia un interés partidario. Mas para atajar la vana esperanza de estos tales, afirmamos con toda verdad, que Nosotros no queremos ser nada, y, con el auxilio de Dios, nada seremos ante la sociedad humana, más que los ministros de Dios de cuya

autoridad usamos. Los intereses de Dios son también los Nuestros, en los cuales hemos prometido emplear todas Nuestras fuerzas y aun Nuestra misma vida. Por lo cual si se nos pide una divisa que sea la expresión de Nuestra voluntad, siempre presentaremos esta sola: *restablecer todas las cosas en Cristo*.

Para emprender y apresurar tan magnífica empresa, Venerables Hermanos, Nos sentimos grandemente esforzados por la seguridad de que tendremos en todos vosotros los esforzados colaboradores para llevar a cabo la obra. Porque si pusiéramos esto en duda, tendríamos que suponer, injustamente por cierto, o que ignoráis o que no os preocupa la guerra impía que actualmente, casi en todas partes, se ha suscitado y se propaga contra Dios.

Porque verdaderamente contra su Creador rugieron las naciones, y los pueblos meditaron insensateces⁽⁶⁾; de tal modo que ya es voz común de los enemigos de Dios: *Apártate de nosotros*⁽⁷⁾. De aquí que ya casi se haya extinguido por completo en la mayoría de los hombres el respeto al eterno Dios sin tener para nada en cuenta su voluntad suprema en las manifestaciones de su vida pública y privada. Más aún, con todo su esfuerzo e ingenio procuran que sea abolida por completo hasta la memoria y noción de Dios.

3. Ataques contra Dios; endiosamiento del hombre. Quien considere todas estas cosas, puede, con razón, temer que esta perversidad de los espíritus sea como un anticipo y comienzo de los males que estaban reservados para el fin de los tiempos, o que ya se encuentra en este mundo el *hijo de perdición*⁽⁸⁾ del que nos habla el Apóstol.

Tan grande es la audacia y tan desmedida la rabia con que se ataca en todas partes a la religión, se combaten los dogmas de la fe y se hacen enconados esfuerzos por impedir y aun por aniquilar todo medio de comunicación del hombre con Dios. Y a su vez, lo que,

(2) Ps. 72, 26.

(3) Jerem. 1, 10.

(4) Ephes. 1, 10.

(5) Coloss. 3, 11.

(6) Ps. 2, 1.

(7) Job 21, 14.

(8) II Thess. 2, 3.

según el mismo Apóstol, constituye la nota característica del *Anticristo* —el mismo hombre con inaudito atrevimiento ha usurpado el lugar de Dios, elevándose a sí mismo *sobre todo lo que lleva el nombre de Dios*; de tal punto que, aun cuando no le es posible borrar enteramente de su alma toda noticia de Dios, haciendo, sin embargo, caso omiso de su majestad, ha hecho de este mundo como un templo dedicado a sí mismo para ser en él adorado por los demás. *Siéntese en el templo de Dios mostrándose como si fuera Dios*⁽⁹⁾.

Mas, en verdad, ninguno que esté en su sano juicio dejará de ver con qué perspectivas se está desarrollando esta lucha de los hombres contra Dios. Podrá el hombre, abusando de su libertad, violar el derecho y la voluntad del Creador del universo, pero siempre la victoria estará de parte de Dios, más aún, entonces está más cerca la derrota cuando el hombre, alucinado por la esperanza del triunfo, se levanta con mayor audacia. De esto mismo nos advierte Dios en las Sagradas Escrituras; a saber, que, como olvidado de su poder y de su majestad *disimula los pecados de los hombres*⁽¹⁰⁾ pero, bien pronto, después de esta aparente retirada, enardecido como el hombre que se siente fortalecido por la embriaguez⁽¹¹⁾, destrozará la cabeza de sus enemigos⁽¹²⁾; para que todos conozcan que *Dios es el rey de toda la tierra*⁽¹³⁾ y *se den cuenta las naciones que no son sino hombres*^(14a).

Todas estas cosas, Venerables Hermanos, Nosotros las creemos y esperamos con segura fe. Pero esto no impide que cada uno de Nosotros deba, por su parte, apresurar la obra de Dios; y esto no sólo por medio de una plegaria continua: *Levántate, Señor, no sea que el hombre se envalentone*^(14b), sino, lo que es de mayor momento, afirmando con la obra y la palabra, públicamente, el supremo dominio de Dios sobre el hombre y sobre todos los demás seres

de la naturaleza, de suerte que el derecho que El tiene de mandar y su poder sean santamente venerados y acatados por todos.

Lo cual no sólo lo puede el deber que impone la misma naturaleza sino también nuestro común provecho. Porque, ¿quién, Venerables Hermanos, no se sentirá consternado y afligido al ver que la mayor parte de la humanidad, mientras por una parte se aplauden mercedamente los progresos de la civilización, se combate tan despiadadamente que casi parece una guerra de todos contra todos? La ambición de la paz está ciertamente en todos los corazones y no hay uno solo que no la invoque con fervor. Pero buscar paz sin Dios es un absurdo; porque de donde falta Dios está desterrada la justicia, y no habiendo justicia es vana toda esperanza de paz. *La obra de la justicia es la paz*⁽¹⁵⁾. No pocos hay, bien lo sabemos, aguijoneados porque este deseo de paz, esto es, de la *tranquilidad del orden*, se agrupan en sociedades y partidos que denominan *partido del orden*. ¡Empeño y esperanzas perdidas! El partido del *orden* que realmente puede llevar la tranquilidad a la turbación de las cosas es uno solo: *el partido de los que están con Dios*. Este es el que nosotros debemos promover y hacia a él debemos llevar a cuantos más podemos, si en verdad sentimos el amor del orden.

4. Retorno a Dios por Jesucristo.

Con todo, Venerables Hermanos, este mismo retorno de los hombres a la majestad y soberanía de Dios, aun cuando pongamos en él todos nuestros esfuerzos, no se obtendrá jamás sino por Jesucristo. Pues advierte el Apóstol: *Nadie puede poner otro fundamento que aquel que ya está puesto, el cual es Cristo Jesús*⁽¹⁶⁾. Esto es, el mismo y único, que *fue santificado por el Padre y enviado al mundo*⁽¹⁷⁾ *esplendor del Padre y figura de su substancia*⁽¹⁸⁾, Dios verdadero y hombre verdadero;

(9) II Thess. 2, 4.

(10) Sap. 11, 24.

(11) Ps. 77, 65.

(12) Ps. 77, 22.

(13) Salmo 46, 8.

(14a) Salmo 9, 20.

(14b) Salmo 9, 19.

(15) Is. 32, 17.

(16) I Cor. 3, 11.

(17) Io. 10, 36.

(18) Hebr. 1, 3.

sin el cual, según conviene, Dios no puede conocer a ninguno; *porque nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo haya querido revelársele*⁽¹⁹⁾. De allí se sigue que es enteramente una misma cosa *restablecer todo en Cristo* y hacer volver a los hombres a la obediencia de Dios. En este sentido, pues, es menester que dirijamos todos nuestros cuidados; a hacer que los hombres vuelvan al imperio de Cristo.

Hecho esto, habrán retornado también al mismo Dios. A Dios, decimos, no aquel inerte y despreocupado de las cosas humanas que inventaron los sueños de los *materialistas*, sino el Dios vivo y verdadero, uno en naturaleza y trino en las personas, creador del mundo, sapientísimo ordenador de todas las cosas, justísimo legislador que castiga a los malvados y tiene pronto el premio para la virtud.

5. La Iglesia, camino hacia Cristo.

Ahora bien, cuál sea el camino que nos conducirá a Cristo, está ante nuestros ojos: es la Iglesia. Por lo que acertadamente dice el CRISÓSTOMO: *La Iglesia es tu esperanza; la Iglesia es tu salud; la Iglesia es tu refugio*⁽²⁰⁾. Porque para esto la fundó Cristo, ganándola con el precio de su sangre, y la hizo depositaria de su doctrina y de su ley, dándole al mismo tiempo una riqueza sobreabundante de gracia para la santificación y salud de los hombres.

Ved, pues, Venerables Hermanos, cuál es finalmente el deber que ha sido impuesto a Nosotros y a vosotros juntamente; el de llamar a la sociedad humana alejada de la sabiduría de Cristo, para que retorne a la obediencia de la Iglesia. La Iglesia a su vez los someterá a Cristo y Cristo a Dios. Lo cual, si con la ayuda del mismo Dios logramos conseguir, nos alegraremos de ver que la iniquidad hace lugar a la justicia y oiremos llenos de felicidad *una gran voz del cielo que dirá: Ahora se hizo la salud y la virtud y el reinado de nuestro Dios y el poder de su Cristo*⁽²¹⁾.

Mas para que el éxito sea tal cual lo deseáis, es necesario que nos esforcemos por todos los medios sin perdonar fatigas en arrancar de raíz esta monstruosa y detestable iniquidad, propia de los tiempos en que vivimos: la suplantación de Dios por el hombre. Después de esto restablecer en su antiguo honor las leyes santísimas y los consejos del Evangelio; proclamar altamente las verdades enseñadas por la Iglesia acerca de la santidad del matrimonio, de la educación e instrucción de la niñez, de la posesión y uso de las riquezas, de los deberes de quienes administran la cosa pública; restablecer, en fin, el justo equilibrio entre las diversas clases sociales según las leyes y las instituciones cristianas.

Tales son los principios que, para obedecer a la divina voluntad, Nosotros nos hemos propuesto aplicar durante todo el transcurso de Nuestro pontificado y con toda la energía de Nuestra alma.

6. Medios para conseguir la vuelta del hombre a Cristo. A vosotros, Venerables Hermanos, corresponde secundar Nuestro empeño con la santidad, con la ciencia, con vuestra experiencia y sobre todo con el celo de la divina gloria; no teniendo otra mira sino que en todos *se forme Cristo*⁽²²⁾.

Ahora bien, qué medios hayamos de poner en práctica para tan grande empresa, parece superfluo decirlo, pues ellos se presentan por sí mismos. El primer cuidado debe ser formar a Cristo en aquellos que, por el ministerio a que están destinados, tienen el deber de formar a Cristo en los demás. Nos referimos a los sacerdotes, Venerables Hermanos. Porque todos cuantos han sido honrados con el sacerdocio deben saber que en medio del pueblo en que viven les está señalada aquella misma misión que Paulo atestigua haber recibido con estas tiernísimas palabras: *Hijitos míos, a quienes nuevamente doy a luz, hasta que Cristo sea formado en vosotros*⁽²³⁾. Mas, ¿cómo podrán ellos

(19) Mat. 11, 27.

(20) Hom. de capto Eutropio, (Migne PG. 52, 402.

(21) Apoc. 12, 10.

(22) Gal. 4, 19.

(23) Gal. 4, 19.

cumplir con este deber si antes ellos mismos no se han revestido de Cristo? y de tal manera revestidos que puedan decir con el mismo Apóstol: *Vivo yo, ya no yo, sino que vive en mí Cristo*⁽²⁴⁾. *Mi vivir es Cristo*⁽²⁵⁾. Por lo cual aunque la exhortación va dirigida a todos los fieles *para que alcancemos el estado de un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo*⁽²⁶⁾ va, sin embargo, dirigida en primer término al que tiene el oficio sacerdotal, el cual por esto se llama *Alter Christus* no sólo por la participación de un mismo poder sino también por la imitación de las obras, mediante la cual llevará impresa en sí la imagen de Cristo.

Siendo esto así, Venerables Hermanos, ¡cuán grande ha de ser vuestra solicitud para formar el clero en toda santidad! Cualquier otro empeño se ha de subordinar a éste. Por ende lo principal de vuestros trabajos se ha de encaminar a organizar y gobernar con acierto los sagrados seminarios, de modo que florezca en ellos con igual pujanza la integridad de la doctrina y la santidad de las costumbres. Tened al seminario como a la delicia de vuestro corazón, no omitiendo nada para su utilidad, de cuanto el Concilio Tridentino determinó con gran providencia.

Empero, llegando el tiempo de que los candidatos hayan de recibir las sagradas órdenes, ¡por favor! no se aparte de vuestra mente aquello que PAULO escribe a TIMOTEO: *A nadie impondrás las manos precipitadamente*⁽²⁷⁾ teniendo muy presente aquello: que tales serán los más de los fieles, cuales hubieren sido los que destinasteis para el sacerdocio. Por lo tanto, no tengáis, en esto, en cuenta intereses particulares, sino sólo los que atañen a Dios, a la Iglesia y al eterno provecho de las almas, no sea que, como previene el Apóstol, *os hagáis cómplices de pecados ajenos*⁽²⁸⁾. Por otra parte, que los nuevos sacerdotes egresados del seminario no se encuentren privados de vuestros cuidados. Os lo recomendamos muy

ahincadamente, tenedlos continuamente en vuestro corazón, el cual debe arder en un fuego celestial, encendedlos, inflamadlos para que no tengan otro anhelo más que el de Dios y el de ganar almas. Nosotros, Venerables Hermanos, vigilaremos con diligencia suma para que los miembros del clero no sean engañados por las acechanzas de una cierta nueva y engañosa ciencia que no tiene el buen olor de Cristo, y que con falaces y capciosos argumentos procura introducir los errores del *racionalismo o semirracionalismo*, contra los cuales ya prevenía el Apóstol a TIMOTEO cuando le escribía: *Guarda el depósito, evitando las profanas novedades de palabras y las objeciones de una falsa ciencia cuyos prometedores han naufragado en la fe*⁽²⁹⁾. Esto sin embargo no impide que juzguemos dignos de encomio a aquellos jóvenes sacerdotes que se entregan al estudio de las doctrinas útiles en todo género de ciencias para poder, por este medio, estar mejor preparados para defender la verdad y refutar las calumnias de los enemigos de la fe.

Con todo no podemos disimular, más aún, lo declaramos manifiestamente, que Nuestra predilección es y será siempre para aquellos que aun sin descuidar la cultura eclesiástica y literaria se dedican con más entusiasmo al bien de las almas por medio de aquellos trabajos que son propios de un sacerdote celoso de la divina gloria. *Gran tristeza y un continuo dolor invaden Nuestro corazón*⁽³⁰⁾ al ver que también a nuestros días se acomoda aquella lamentación de Jeremías: *Los niños pidieron pan y no había quien lo repartiera con ellos*⁽³¹⁾. Porque no faltan en el clero quienes, indulgentes con sus personales aficiones, se entregan tal vez a un trabajo más vistoso que útil; pero no son tantos los que, a ejemplo de Cristo se aplican las palabras del Profeta: *El espíritu del Señor me ha ungido, me mandó a evangelizar a los pobres, sanar a los contritos de corazón,*

(24) Gal. 2, 20.

(25) Philipp. 1, 21.

(26) Ephes. 4, 13.

(27) I Tim. 5, 22.

(28) I Tim. 5, 22.

(29) I Tim. 6, 20 s.

(30) Rom. 9, 2.

(31) Thren. 4, 4.

anunciar la redención a los cautivos y la vista a los ciegos⁽³²⁾.

Mas, ¿quién no ve, Venerables Hermanos, que guiándose los hombres por la razón y la libertad, el camino más seguro para restablecer el imperio de Dios en las almas es la enseñanza de la religión?

Y en verdad ¡cuántos son los que aborrecen a Cristo y reniegan de la Iglesia y del Evangelio más por ignorancia que por maldad! de los cuales se puede decir con razón: *Todos los que ignoran blasfeman*⁽³³⁾. Y esto no sólo se puede encontrar entre las gentes del pueblo o de la más modesta capa que, por esto mismo, son más fácilmente engañadas, sino también en las clases elevadas y aun entre aquellos mismos que, por otra parte, poseen una instrucción poco común. De aquí también que los más hayan perdido la fe. Porque no hay que creer que los progresos de la ciencia puedan extinguir la fe, sino más bien la ignorancia; tanto es así que donde hay más ignorancia, allí también se hace más general la pérdida de la fe. Por esto el mandato de Cristo a los Apóstoles: *Id y enseñad a todas las naciones*⁽³⁴⁾.

Ahora bien, para que este celoso ministerio de enseñar produzca el fruto esperado y en todos *se forme Cristo* hay que tener muy presente, Venerables Hermanos, que no hay nada más eficaz que la caridad.

Porque *el Señor no se encuentra en la conmoción*⁽³⁵⁾. En vano se espera llevar las almas a Dios con un celo lleno de amargor; y aun el increpar con dureza los errores y reprender con aspereza los vicios, algunas veces resulta más dañoso que útil. Por esto el Apóstol exhorta a Timoteo: *Acusa, ruega, reprende*, pero añadía: *con toda paciencia*⁽³⁶⁾. A la verdad Cristo nos ha dejado ejemplos de esto: *Venid* —así leemos haber dicho él mismo— *venid a mí todos los que sufrís y estáis agobiados y yo os aliviaré*⁽³⁷⁾. Y por enfermos y agobiados no entendía sino a

los que están bajo el poder del pecado o del error. ¡Qué grande mansedumbre la de aquel Maestro divino! ¡Qué delicadeza, cuánta compasión para toda clase de enfermos! Isaías nos hizo un retrato al vivo de su corazón con estas palabras: *Pondré mi espíritu sobre él; no discutirá ni dará voces; no quebrará la caña ya cascada y no apagará la pajita que humea*⁽³⁸⁾. Y esta caridad *paciente y benigna*⁽³⁹⁾ se debe extender también a aquellos que son nuestros adversarios o nos persiguen con ánimo hostil. *Se nos maldice y bendecimos* —así decía de sí mismo San Pablo—, *padece persecución y aguantamos, somos insultados y oramos*⁽⁴⁰⁾. Tal vez nos parecen peores de lo que son. La convivencia con los otros, los prejuicios, los ejemplos y consejos ajenos, en fin, una malentendida vergüenza los han llevado al partido de los impíos; sin embargo no está tan depravada la voluntad de ellos como tal vez ellos mismos quieren hacerlo creer.

¿Por qué, pues, no hemos de esperar que la llama de la caridad cristiana habrá de disipar las tinieblas de estas almas y poner en su lugar la luz y la paz de Dios? Tal vez se hará esperar un poco el fruto de nuestro trabajo, mas la caridad no se cansa de esperar pues sabe que Dios no prometió su premio al fruto de nuestros trabajos sino a la voluntad.

Con todo, Venerables Hermanos, no queremos decir con esto, que en todo este tan arduo trabajo de *restablecer el humano linaje en Cristo*, no hayáis de tener vosotros y el clero quien os ayude. Sabemos que Dios mandó a todos y cada uno cuidar de su prójimo⁽⁴¹⁾. No son por tanto, sólo los sacerdotes sino todos los fieles sin excepción, quienes deben trabajar por el interés de Dios y la salvación de las almas; claro está que han de hacer esto no por su propio arbitrio y según su punto de vista personal, sino siempre bajo la dirección y anuencia de los obispos, porque a nadie más se ha concedido

(32) Luc. 4, 18-19.

(33) Judas T. versículo 10.

(34) Matth. 28, 19.

(35) I Reyes 19, 11 o III Reyes 19, 11.

(36) II Tim. 4, 2.

(37) Matth. 11, 28.

(38) Is. 42, 1 s.

(39) I Cor. 13, 4.

(40) I Cor. 4, 12 s.

(41) Eccli. 17, 12.

en la Iglesia el derecho de presidir, enseñar y gobernar fuera de vosotros a quienes el Espíritu Santo colocó para que rigierais la Iglesia de Dios⁽⁴²⁾.

7. Acción de los laicos. El asociarse entre sí los católicos con fines diversos, pero siempre para bien de la religión, es algo que ya de tiempos remotos mereció la aprobación y bendición de Nuestros predecesores. Por esto no dudamos tributar Nuestra alabanza a tan egregia institución, y deseamos con todas veras que se propague y florezca en la ciudad y en el campo. Mas, al mismo tiempo, deseamos que tales asociaciones tengan como fin principalísimo hacer que los miembros que las constituyan perseveren en una vida enteramente cristiana. Poco vale, ciertamente, que se sutilice acerca de innúmeras cuestiones, que se discurra con elocuencia acerca del derecho y de los deberes, si todo esto está lejos de la práctica. Los tiempos actuales exigen obras; pero obras que estén fundadas únicamente en observar con fidelidad y entereza las leyes divinas y los preceptos de la Iglesia, en la profesión franca y abierta de la religión, en el ejercicio de toda caridad sin una mira personal o terrena. Los ejemplos luminosos de este género, de tantos soldados de Cristo serán mucho más eficaces para mover y atraer los corazones que los discursos y las sutiles discusiones, y fácilmente se verá que, vencido el humano respeto y depuestos los prejuicios y vacilaciones, muchísimos serán los que se sientan atraídos a Cristo, haciéndose a su vez promotores de su conocimiento y de su amor que son el camino que conduce a la verdadera y sólida felicidad. Y, ciertamente, no cabe duda de que si en todas las ciudades y en todas las aldeas se cumpliera fielmente con la ley del Señor, si se tuviera el respeto debido a las cosas sagradas, si se frecuentaran los sacramentos, si se observara todo lo demás que pide un vivir cristiano, no habría más que ha-

cer, Venerables Hermanos, para establecer todas las cosas en Cristo. Y no se crea que esto se refiere únicamente a la consecución de los bienes eternos, también los intereses temporales y la pública prosperidad se verán con ello beneficiados. Porque obtenido esto, los nobles y opulentos se harán justos y caritativos para los inferiores, y éstos a su vez, sabrán llevar mansa y pacientemente las privaciones de su condición poco afortunada; los ciudadanos obedecerán no a sus pasiones sino a las leyes, y todos verán como un deber el respeto y el amor hacia los gobernantes, *cuyo poder no viene sino de Dios*⁽⁴³⁾. ¿A qué más? Entonces todos verán claramente que la Iglesia tal cual la fundó Jesucristo debe gozar de absoluta libertad y no estar sujeta a ningún dominio foráneo; y que nosotros, en el empeño de vindicar esta libertad, no sólo defendemos los santísimos derechos de la religión sino también miramos por el bien común y seguridad de los pueblos; *porque la piedad es útil para todo*⁽⁴⁴⁾ y donde ella reina incólume allí *se sentirá verdaderamente el pueblo en la plenitud de la paz*⁽⁴⁵⁾.

8. Exhortación final. Dios, *que es rico en misericordia*⁽⁴⁶⁾, apresure benigno esta renovación del género humano en Jesucristo; porque ésta no es obra *ni del que quiere, ni del que corre sino de Dios misericordioso*⁽⁴⁷⁾.

Pero Nosotros, Venerables Hermanos⁽⁴⁸⁾, pidamos esto instantemente a Dios todos los días por los méritos de Jesucristo. Acudamos, además, al poderoso valimiento de la Madre de Dios, para obtener el cual tomamos ocasión de este día en que Nosotros os dirigimos la presente carta, que es el mismo señalado para la conmemoración del Santo Rosario, y disponemos y confirmamos todo cuanto Nuestro Predecesor ha dispuesto acerca de dedicar el mes de Octubre a la augustísima Virgen, rezando públicamente el Rosario en todos los templos. También os exhor-

(42) Act. 20, 28.

(43) Rom. 13, 1.

(44) I Tim. 4, 8.

(45) Is. 32, 18.

(46) Ephes. 2, 4.

(47) Rom. 9, 16.

(48) Dan. 3, 39.

tamos a tomar por intercesores al castísimo esposo de María, patrono de la Iglesia católica, y a los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Para que todo esto se realice según Nuestros deseos y para que todos vuestros trabajos se vean coronados por el éxito, imploramos sobre vosotros en gran abundancia los dones de la gracia. Y en testimonio de la tierna caridad con que a vosotros abrazamos y a

todos los fieles confiados a Nuestro cuidado por la Divina Providencia, a vosotros, Venerables Hermanos, a vuestro clero y a vuestro pueblo, acordamos de todo corazón en el Señor nuestra bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a S. Pedro, el día 4 de Octubre de 1903, año primero de Nuestro pontificado.

PIO PAPA X